

Imprimir

La 80 edición de la Asamblea General de las Naciones Unidas (UNGA80) se inauguró ayer en Nueva York. El tema de este año es: *“Mejor juntos: 80 años y más por la paz, el desarrollo y los derechos humanos”*, destacando la urgencia de cumplir con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y revitalizar la “cooperación global”.

Cuando las Naciones Unidas nacieron en San Francisco el 26 de junio de 1945, el objetivo general de los 50 participantes que firmaron la Carta de Naciones Unidas aparecía recogido en sus primeras palabras: *“salvar a las generaciones sucesivas del flagelo de la guerra”*. Uno de los primeros logros de la ONU fue acordar la Declaración Universal de Derechos Humanos en 1948, esbozando normas globales para los derechos humanos. *“La ONU fue creada no para llevar a la humanidad al cielo”*, dijo Dag Hammarskjöld, secretario general de la ONU, *“sino para salvar a la humanidad del infierno”*. 80 años después, el actual secretario general Antonio Guterres no puede tener aspiraciones tan ambiciosas. *“Guterres dice cosas bastante audaces. Pero es considerado como marginal y no un actor”*, dice Mark Malloch-Brown, exjefe del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas que también fue secretario general adjunto con Kofi Annan en 2006. *“La sala de reuniones en la época de Kofi estaba repleta de periodistas. Ahora es más un mausoleo que una sala de prensa”*.

La marginación de las Naciones Unidas refleja el declive de todas las instituciones internacionales creadas con el acuerdo de las principales potencias que ganaron la Segunda Guerra Mundial, cuando se reunieron en Bretton Woods, Estados Unidos. El FMI, el Banco Mundial, la ONU y más tarde la Organización Mundial del Comercio fueron agencias internacionales creadas supuestamente para apoyar a las naciones en crisis financiera, ayudar a poner fin a la pobreza global, lograr un comercio equitativo y evitar guerras.

Pero eso siempre fue una ilusión. Estas agencias se formaron realmente para trabajar bajo el liderazgo hegemónico de los Estados Unidos, respaldados por sus socios menores de las principales economías capitalistas. Eran instituciones de la “Pax Americana” de posguerra. La ONU era diferente en el sentido de que las políticas e intereses del imperialismo estadounidense no siempre eran aprobados. El Consejo de Seguridad de la ONU era el órgano ejecutivo de la ONU, compuesto por las principales potencias de posguerra. Y cada miembro

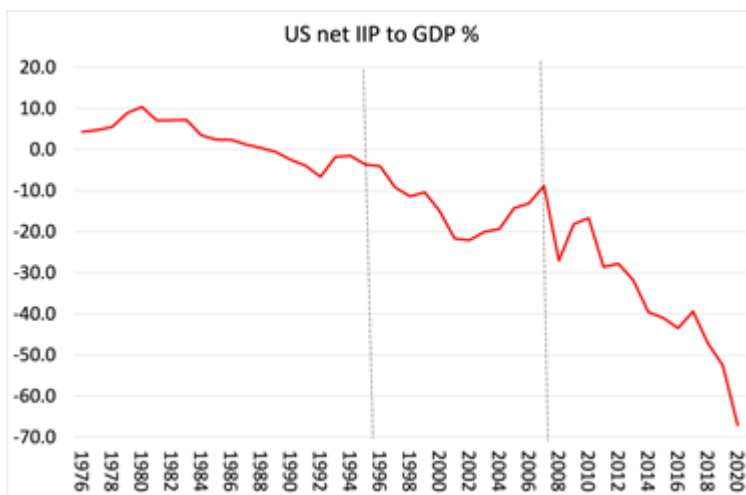
tenía un veto para bloquear cualquier acción de la ONU para el “mantenimiento de la paz”. Eso significaba que la Unión Soviética y más tarde la China maoísta podían detener la expansión y las guerras de Estados Unidos, aunque no todo el tiempo: la ONU aprobó la guerra de Estados Unidos contra Corea del Norte en la década de 1950, una guerra llevada a cabo por los Estados Unidos bajo la bandera de la ONU. Y ha habido muchas otras fuerzas de mantenimiento de la paz de la ONU utilizadas para garantizar el status quo de los intereses occidentales en los últimos 80 años. Pero cada vez más, debido al veto soviético/chino, Estados Unidos tuvo que promover sus objetivos de guerra a nivel mundial fuera de la ONU: Vietnam en Asia; intervención de la OTAN en los Balcanes; y acción directa de Estados Unidos en Cuba, Granada, Libia y otros estados. Los objetivos de “paz” de la ONU fueron cada vez más ignorados a medida que Estados Unidos amplió su poder militar (con más de 700 bases ya en todo el mundo).

Un punto de inflexión clave fue el colapso de la Unión Soviética y sus estados satélites a principios de la década de 1990. Parecía que Estados Unidos tuviera *carta blanca* para hacer lo que quisiera, usando la cobertura de la aprobación de la ONU. Pero con las dos invasiones de Irak en la década de 1990 y luego en 2003, los líderes estadounidenses descubrieron que no podían usar la ONU para apoyar sus ambiciones. En 2003, después de que se presentaran una serie de mentiras grotescas ante la Asamblea de la ONU sobre las supuestas “armas de destrucción masiva” de Saddam para justificar la invasión de Irak y el cambio de régimen, Estados Unidos finalmente decidió eludir la aprobación de la ONU y confiar en la “coalición de los dispuestos”, es decir, la alianza de potencias imperialistas, que siempre contribuyeron a apoyar la política estadounidense. La nueva estrategia política del imperialismo estadounidense era ahora el Consenso de Washington, a saber, que las “democracias” de Occidente debían aliarse para debilitar y derrotar a los poderes “autocráticos” de Rusia, Irán y Asia. Las reglas internacionales para el orden mundial serían establecidas por el núcleo imperialista sin ninguna aportación o consulta con la ONU.

Sin embargo, las tendencias en la economía mundial derribaron el Consenso de Washington. Lejos de gobernar económicamente, el capitalismo estadounidense estaba en relativo declive. Ese declive había comenzado a mediados de la década de 1970, cuando las

economías capitalistas europeas ganaron cuota en la industria manufacturera, seguidas por Japón. Y en la década de 1990, China emergió de su ancestral atraso y se unió a la Organización Mundial del Comercio. Los Estados Unidos mantuvieron solo su superioridad en servicios, finanzas y poder militar, y el control del FMI, el Banco Mundial y otras agencias de “ayuda al desarrollo”. El “privilegio exorbitante” de los Estados Unidos de poseer la reserva mundial y la moneda de las transacciones, el dólar, se vio socavado gradualmente.

*Posición de inversión internacional neta de EE. UU. como % del PIB de EE. UU.*



Fuente: FMI

Este relativo declive fue aceptado a regañadientes por las sucesivas administraciones estadounidenses, mientras que la economía mundial parecía expandirse y la rentabilidad de las corporaciones estadounidenses aumentó durante la década de 1990 y principios de la década de 2000. Pero el colapso financiero mundial y la subsiguiente Gran Recesión que afectó a todas las economías capitalistas del mundo cambiaron todo eso. La globalización, es decir, el crecimiento exponencial del comercio mundial y los flujos de capitales, llegó a su fin. El capitalismo estadounidense ya no podía depender tanto de la transferencia de valor a través del comercio y los rendimientos del capital para subsidiar sus déficits y deuda, como lo ha hecho durante decenios desde la década de 1980. Era un nuevo mundo con nuevas potencias económicas que se resistían a los intentos de Estados Unidos de quedarse con la

tajada mayor de la tarta.

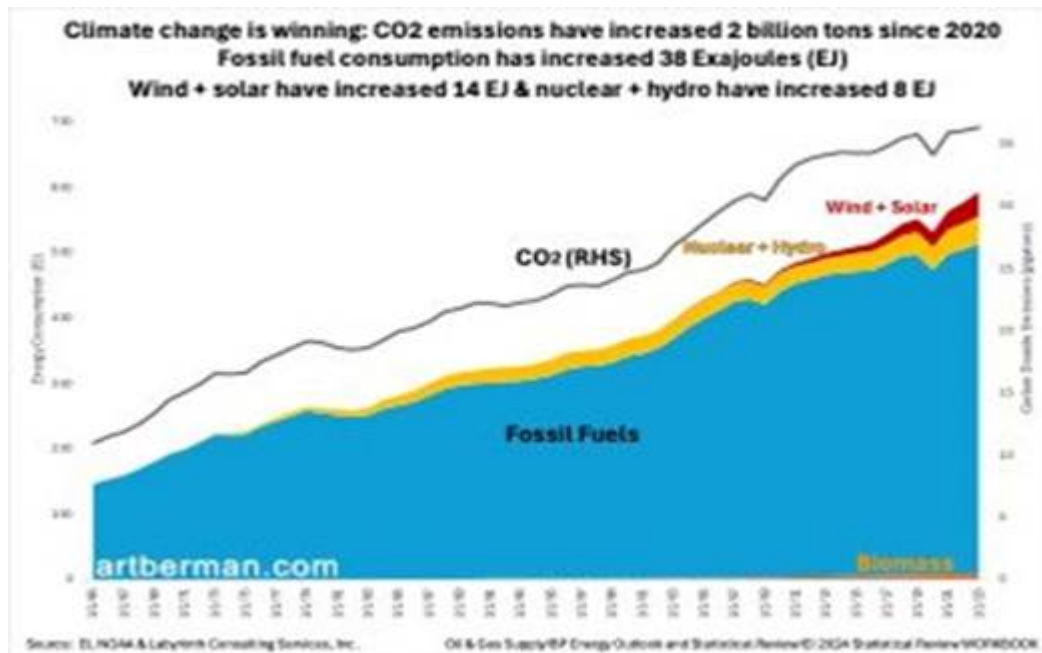


Fuente: Banco Mundial

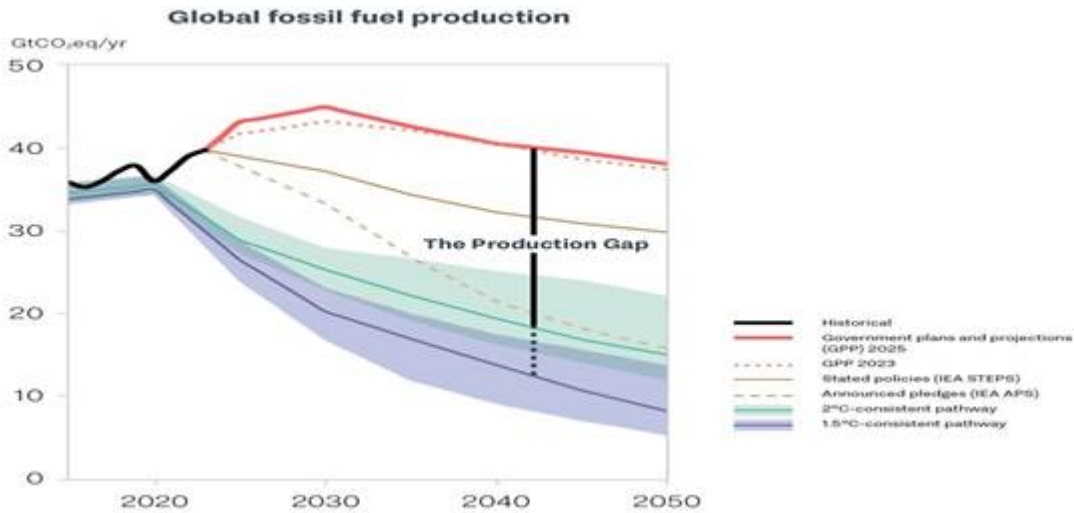
Estados Unidos estaba cada vez más dispuesto a usar las instituciones de Bretton Woods para promover sus intereses (el internacionalismo fue reemplazado por el nacionalismo) que desembocaron con Donald Trump y MAGA. La ONU no solo debía ser eludida, sino aún más, minimizada y atacada. Como Jean Kirkpatrick, embajadora de Ronald Reagan en la ONU, es sabido que sugirió: a los Estados Unidos les gustaría abandonar la ONU, pero simplemente *“el problema no valía la pena”*. Los Estados Unidos de Donald Trump se han retirado de la OMS y del Consejo de Derechos Humanos de la ONU; mientras que el Consejo de Seguridad está paralizado ante los conflictos en Ucrania y Gaza; una guerra comercial intensificada y una crisis de financiación de las agencias de la ONU.



Nada ilustra más la irrelevancia de la ONU en el siglo XXI que el tema del cambio climático. El Panel Internacional sobre el Cambio Climático (IPCC) patrocinado por la ONU recopila y presenta la evidencia científica sobre el calentamiento global y las predicciones para el futuro del planeta y la humanidad. El IPCC emite advertencias cada vez más duras sobre los daños del calentamiento global. Pero cada reunión internacional sobre el cambio climático (COP) convocada por la ONU es cada vez más incapaz de llegar a cualquier acuerdo sobre la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero y, una vez más, los gobiernos nacionales ignoran o rechazan incluso los objetivos más leves de acción global.



De hecho, el último informe muestra que los gobiernos planean aumentar la producción de combustibles fósiles en las próximas décadas. Este aumento va en contra de los compromisos que los países han asumido en las cumbres climáticas de las Naciones Unidas para *“la transición que deje atrás a los combustibles fósiles”* y reducir gradualmente la producción, en particular de carbón. Si se lleva a cabo toda la nueva extracción planificada, el mundo producirá más del doble de la cantidad de combustibles fósiles en 2030 de lo que sería consistente con el mantenimiento del objetivo de un aumento de la temperatura global a 1,5°C por encima de los niveles preindustriales. La producción proyectada para 2030 supera los niveles alineados con un calentamiento de 1,5°C en más del 120 %.



Además está el desarrollo económico para acabar con la pobreza a nivel mundial. En septiembre de 2015, la ONU acordó un conjunto de 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que se lograrían para 2030. Todos los países supuestamente se comprometieron a trabajar juntos para erradicar la pobreza y el hambre, proteger el planeta, fomentar la paz y garantizar la igualdad de género. ¿Qué ha pasado en los últimos diez años? Solo un tercio de los ODS van por buen camino, con pocas perspectivas de lograr algún progreso significativo en los próximos cinco años.

El Informe de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2024 destacó que casi la mitad de los 17 objetivos están mostrando un progreso mínimo o moderado, mientras que más de un tercio están estancados o se retrocede desde que fueron adoptados. *“Este informe se conoce como el boletín de calificaciones anual de los ODS y muestra que el mundo está obteniendo una calificación de suspenso”*, dijo el Secretario General de la ONU, Guterres, en la conferencia de prensa para lanzar el balance de situación global.





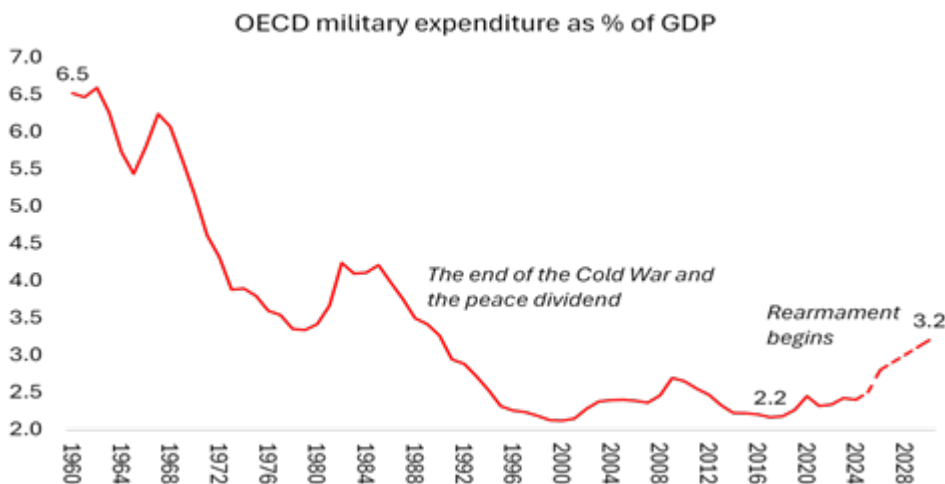
En cuanto a las guerras y las aspiraciones de una paz mundial, la ONU parece no jugar ningún papel en evitar guerras o mantener la paz. En cambio, Donald Trump proclama que él, como líder de los Estados Unidos, el poder hegemónico, está poniendo fin a las guerras (siete hasta ahora, según Trump). Estados Unidos está llevando a cabo abiertamente negociaciones de “paz” a nivel mundial, según le conviene, no la ONU. ¡Trump incluso ha sido nominado para el Premio Nobel de la Paz!

Junto con toda la retórica jactanciosa de Trump sobre el fin de las guerras, la cruel realidad es que el imperialismo estadounidense está intensificando los conflictos a nivel mundial. Trump quiere que Canadá se convierta en el estado número 51 de EEUU; quiere comprar Groenlandia a los daneses (a pesar de que los habitantes tienen su propio parlamento autónomo); comienza a asediar a Venezuela con sus militares. Y, por supuesto, sobre todo, Estados Unidos continúa respaldando a Israel en su horrenda destrucción de Gaza y ocupación de Cisjordania y el asesinato de cientos de miles de palestinos, dejando a la ONU paralizada. Como dijo Sigrid Kaag, una ex viceprimera ministra de los Países Bajos que ha tenido varios puestos en la ONU, incluso como coordinadora especial del proceso de paz de Oriente Medio. *“La ONU está en un punto de irrelevancia. Esa es su situación. El sueño podría sobrevivir, pero nadie mira las noticias y dice: “¿Qué pasó en la ONU?”*

La oscura realidad es que la ONU se encamina al mismo destino que la Sociedad de Naciones



en el período de entreguerras del siglo XX. La Liga fue fundada en 1920 y duró solo 18 años de relativa paz hasta que los estados fascistas de Europa y Japón lanzaron sus invasiones. Ahora, en 2025, el gasto militar está aumentando rápidamente en todas partes. Los presupuestos de defensa se están duplicando, con los países de la OTAN apuntando al 5 % del PIB de gasto militar para finales de esta década, un nivel no visto desde la fundación de la ONU. Trump ha cambiado (con razón) el nombre del Departamento de Defensa de los Estados Unidos por el Departamento de Guerra.



El fracaso de la ONU es el símbolo organizativo del fracaso del capitalismo mundial para unir a las personas y los estados para acabar con la pobreza a nivel mundial, detener el calentamiento global y el colapso ambiental y prevenir guerras continuas e interminables. Mark Malloch-Brown, ex director del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, que también fue secretario general adjunto con Kofi Annan en 2006, lo resumió así: *“En muchos sentidos, la ONU es un muerto viviente.... Nunca se desmorona del todo y, sin embargo, sigue siendo un cadáver”*.

Michael Roberts, habitual colaborador de Sin Permiso, es un economista marxista británico, que ha trabajado 30 años en la City londinense como analista económico y publica el blog The Next Recession.

Foto tomada de: The United Nations